DOMINGO VILLAR GARCÍA

FERROVIARIO DEL FERROCARRIL ELÉCTRICO DE LA LOMA



UN HOMBRE AFABLE Y GRAN FERROVIARIO

A Domingo Villar se le describía cariñosamente como un hombre de baja estatura, rellenito, con gran bigote y voz fuerte, que intentaba aparentar mal genio sin conseguirlo, pues en el fondo era afectuoso, paciente y con un gran corazón. Domingo estaba enamorado de su tranvía y presumía de ser un buen «ferroviario».

Aunque era un convoy desvencijado que soltaba humo y fallaba con frecuencia, tanto él como sus compañeros sentían un gran celo y orgullo por su trabajo frente a los trenes de vía ancha.



PERSONAJES INOLVIDABLES

Domingo Villar García

DOMINGO Villar García viene muy agradablemente a mi recuerdo, porque coincide con mi primera juventud. Entonces, hace ya de esto bastantes años, los muchachos de más de diez años teníamos que desplazarnos a la hermana ciudad de Baeza para realizar los estudios del Bachillerato. Íbamos en el llamado Tranvía de la Loma, aquel que tantos ganas tenían todos de que desapareciera y que ahora tanto añoramos. Cuando dejó de funcionar, dejó automáticamente de haber un buen servicio a los pueblos de esta comarca y un magnífico acceso a la Estación de Baeza (hoy llamada de Linares-Baeza), donde se comunicaba con todos los trenes, cosa que ahora, desgraciadamente no sucede.

En ese tranvía, como un patriarca, iba siempre Domingo Villar García, un hombre más bien pequeño, gordito y que quería amparanse en un buen bigote y en una voz fuerte, para aparentar que era persona de mal genio. Claro está que no conseguía su propósito, porque los niños tienen siempre una intuición maravillosa de las cosas y todos sabíamos que tras aquellos gestos y bigote, había una persona cariñosa, con una capacidad de aguante insuperable.

Y abusábamos de esa bondad que él tenía. Sabíamos que a pesar de todo él no se enfadaría nunca con nosotros, por mucho aspecto fiero que pudiera tener. Era un alma de Dios que aguantaba y aguantaba, que nos enseñaba canciones para hacer más llevadero el camino, que contaba anécdotas de su dilatada vida, que siempre presumía de ser un buen «ferroviario».

Eso es otra cosa. Todos los empleados del Tranvía de La Loma, presumían de ferroviarios. Y es que tenían celos del otro tren más grande, de vía más ancha, de mayor comodidad. Ellos tenían que apañarse con lo que tenían, que era ese tranvía desvencijado la mayoría de las veces, que soltaba una enorme humareda por todas las ranuras de su motor y que a veces se paraba, sin saber por qué y cuando nos apeábamos seguía su marcha muy ufano, como queriendo burlarse de nosotros. Y es que yo creo que el Tranvía de La Loma no era una máquina cualquiera, sino que sabía reírse de todos, que seguía sus propias intuiciones y que hasta presumía de ser mejor de lo que en realidad era.

Y Domingo Villar estaba enamorado de su tranvía. Y lo mostraba orgulloso y decía que era el que mejor funcionaba de España. Nosotros, con esa pillería de los niños de todas las generaciones, asegurábamos también que era el más bonito, para conseguir de esa forma sacarle algún cigarrillo. Porque todos nosotros nos hemos fumado nuestros primeros pitillos de la petaca de Domingo.

Nos quería a todos, sabía ponerse a nuestra pequeña altura y nosotros le contábamos nuestras cuitas, recibiendo siempre buenos consejos de un hombre bueno.

El que lo viera tan serio, tan solemne, no podía figurarse la ternura que ponía siempre para tratarnos. A él, no hablándole mal de su tranvía, todo lo demás le parecía bien y se podía conseguir todo de él.

Pasaron los años y últimamente, cuando lo veía por la calle y le decía adiós, él contestaba de una forma imprecisa, como si ya no recordara aquellos tiempos. Tiempos que a mí no se me han olvidado y que recordaré siempre, porque están ligados íntimamente a una de las etapas más felices de mi vida.

Domingo Villar García, fue, sin duda, uno de mis primeros amigos.

PACO CUENCA

UBEDA

Diario de Jaen, martes 12 /02/1980, publicado por Paco Cuenca.

Los muchachos abusaban de su paciencia, le sacaban cigarrillos de su petaca pidiéndole consejo y escuchaban sus canciones y anécdotas durante los trayectos.
En sus últimos tiempos, ya anciano, caminaba con la memoria algo mermada por la calle, pero el autor lo mantiene en el recuerdo como uno de sus primeros y más queridos amigos de juventud.

AGRADECIMIENTO: A Francisco Cortés Villar, nieto de Domingo Villar García, por habernos contado la historia y facilitar las fotografías.



Domingo (en el centro) junto a otros compañeros del Ferrocarril Eléctrico de La Loma, posando junto al automotor nº 4.